

El otro plan Marshall

La novela tiene ventajas sobre el ensayo que tienden a pasarse por alto. De entrada, son obras que, cuando la escritura fluye, te transportan a la vida del protagonista, marcan la diferencia entre saber de alguien y sentir que lo conoces. Su mayor inconveniente, al menos para el autor, es que requieren más esfuerzo. Es preciso documentarse con la misma ambición y además exigen imaginación para rellenar los vacíos y dialogar las escenas. No menos importante es poseer sentido común para unir certezas e intuiciones. Quizá por eso se editan biografías como si escribir fuera un oficio bien pagado, pero muy pocos afrontan obras como la que José Luis Torrego le ha dedicado a Frank Marshall.

No menos valor tiene la elección del protagonista, que merecía una novela y que llenaría una serie o película. El ajedrecista americano fue un genio dentro y fuera del tablero. Creó una variante de apertura que un siglo después todavía asusta, dibujó un sacrificio de dama que los grandes maestros del siglo XXI no han superado y sobrevivió en los libros de historia por sus logros, sin quedarse encasquillado en el recuerdo de su estruendosa derrota ante Lasker. Fue la única ocasión en la que aspiró a convertirse en campeón del mundo, con un resultado frustrante. Que le pregunten a Taimanov por su set en blanco contra Fischer y la dificultad de esconder una humillación así entre los pliegues del mejor curriculum. Y aunque no es lo esencial de su vida, hasta ese punto fue grande, no olvidemos que Frank James Marshall fue campeón estadounidense durante 27 años y fundó uno de los mejores clubes del mundo, que aún sigue abierto.

Antes de seguir, un inciso sobre la famosa partida contra Lewitzky. Decía el viejo aforismo, como aprendimos muchos con Liberty Valance, que cuando realidad y leyenda no coinciden, el cronista debe imprimir siempre la leyenda. Torrego se salta también esta norma y nos deja una versión plausible de la lluvia de monedas de oro. Tiene mérito no dejarse arrastrar por las costumbres y contar la verdad incluso cuando no la conoce nadie.

Este libro tampoco es una novela al uso, sino un híbrido que incluye una buena colección de partidas, comentadas con calidad, pero con la claridad suficiente para no asustar a nadie. Por supuesto, el lector sin la menor afición ajedrecística puede saltarse sin dificultad este regalo para los amantes de los gambitos y seguir devorando las páginas como quien viaja por la autopista sin detenerse en las áreas de descanso.

Hay que agradecerle a Marshall, y a Torrego por recordarnos su figura, su mayor lección vital, una pasión verdadera por el ajedrez y un amor al juego más allá de los resultados. Él prefirió siempre perder una bella partida a ganar otra aburrida, y solía llevarse un tablero a la cama porque nunca sabía cuándo se le podía ocurrir una genialidad. Para tranquilidad de los lectores "normales",

conviene decir que el suyo no era un amor encasillado y que hay otros episodios románticos en esta novela. Marshall fue un amante impulsivo y un gran improvisador; no solo sabía distinguir la táctica de la estrategia.

Hay un tercer tipo de amor, la amistad, no menos presente en estas páginas. Cito a Torrego para ilustrar la suma de virtudes del maestro: "Allá donde iba sólo dejaba amigos y un legado de clubes y futuros ajedrecistas que amaban nuestro arte. No era un ingenuo, sabía que había formas más prácticas de competir, de sumar medios puntos y quedar en puestos más altos en las clasificaciones, pero eso no iba con él, con la estirpe de los ajedrecistas que juegan a ganar y a descubrir diamantes cuando saltan al barro en cada partida".

En efecto, puede que Marshall no fuera el mejor jugador de su tiempo, aunque no anduvo lejos. Nunca levantó la corona mundial ni mereció la fama de invencible, pero su figura es una de las más destacadas que ha dado el ajedrez americano y su herencia, más duradera que cualquier título, fue el cariño con que lo evocaban amigos y rivales, un alivio insuperable contra la peor derrota. No todo el mundo es tan consciente de su suerte: "No me puedo quejar", decía, "de la vida que me ha dado el ajedrez".

En este libro lo vemos jugando en el tren, en los barcos y en los cafés, regalando tablas a aficionados, peleando con Janowsky, honrando a Pillsbury, venerando a Steinitz y admirando la sagacidad de Tarrasch. Los buenos conocedores de la historia del ajedrez revivirán algunas escenas y se sorprenderán ante otras, pero sobre todo disfrutarán con unos personajes que son viejos amigos, casi de la familia.

Y si todos los citados son perfectos desconocidos para el lector, puede que tenga aún más suerte, porque es muy posible que este libro lo lleve a mirar el ajedrez de una nueva manera. Quién sabe si sus páginas no inyectarán en él su bendito veneno, del que no se conoce cura ni antídoto.

Y ahora, Frank los espera a todos, expertos y legos, con su sonrisa y su caballo de plata. O con su cerdito de plata.

Federico Marín Bellón. Septiembre de 2025

Colocando las piezas (a modo de introducción)

Llevaba medio siglo jugando al ajedrez cuando la revista *Life* lo presentaba como un hombre mayor absorto y distraído que parece un actor shakespeariano, que fuma incesantemente largos puros y se lleva un tablero de ajedrez a la cama para poder registrar cualquier partida que se le pueda ocurrir.

Era una de las mejores personas que ha dado el ajedrez y una de las vidas que se han entregado más generosamente al tablero. Allá donde iba sólo dejaba amigos y un legado de clubes y futuros ajedrecistas que amaban nuestro arte. No era un ingenuo, sabía que había formas más prácticas de competir, de sumar medios puntos y quedar en puestos más altos en las clasificaciones, pero eso no iba con él, con la estirpe de los ajedrecistas que juegan a ganar y a descubrir diamantes entre el barro al que saltan en cada partida.

No hablamos del mejor jugador, ni del que obtuvo los mayores triunfos, sólo hablamos del jugador más querido que ha dado Norteamérica en toda su historia. Señores, nos quitamos el sombrero ante el American Knight, ante el gran Frank James Marshall.

Nos lo imaginamos en el Manhattan Chess Club, con el último número de la revista *Life* entre sus manos y puntualizando a los amigos sobre el texto del artículo que no era un mal retrato pero que vamos a ver, qué es eso de llamarle viejo si sólo tenía 64 años y además estaba harto de que le dijeran que nunca había crecido, y que vale, sí, es cierto, pero ese tablero que se llevaba a la cama era sólo uno de bolsillo, aunque eso es algo normal que hacemos todos, ¿no?, uno nunca sabe cuándo le puede venir a la cabeza un buen movimiento.

Por cierto, no me digan ustedes que no actúa como un poeta con su libreta omnipresente sabiendo lo caprichosa que es la inspiración. Además —concluirá su glosa—, eso de distraído, supongo que sí, pero ¿con qué se distrae? Con el ajedrez, naturalmente. ¿Qué quieren? Esto que ven aquí es un hombre que ha dedicado su vida al ajedrez. Pero el ajedrez, tanto con sus experiencias divertidas como con las trágicas, que de todo ha habido, siente que le ha compensado ampliamente regalándole la lealtad y devoción de viejos amigos, además de la buena camaradería de multitud de ajedrecistas de todo el mundo.

Ahí se llevaría su puro, su elegante Connecticut cut a la boca, aspiraría profundamente, lo retiraría y, quedándose mirando cómo humea entre los dedos de su mano derecha mientras en la izquierda jugueteaba con un caballo de plata, añadiría: "No, no me puedo quejar... de la vida que me ha dado el ajedrez."

Y comenzaría su relato.

1. Adolescente en Montreal

Yo soy un chico de Brooklyn, aunque nací junto a la Octava Avenida, en un edificio que sería después derribado y se convertiría en el segundo Madison Square Garden. Como casi todos mis amigos de allí, tenía sangre de viejos rincones de Europa; mi padre era inglés y mi madre una de esas fuertes mujeres que da Escocia, si bien su herencia irlandesa me hizo ser pelirrojo gran parte de mi infancia.

Debido a su influencia, en mis primeros años, yo tenía tendencia a repetir la melodía del acento de los Highlands en mi manera de hablar. Supongo que sería por eso que en el colegio público al que iba, yo era Frankie el Escocés, pero nada raro, igual pasaba con los otros chicos. Sean el Pecas era el Irlandés, Pawel Carapán era el Polaco y Tobias el Cabezacuadrada, el Alemán, aunque su madre era en realidad de Bohemia.

Éramos una buena pandilla. Muy disciplinados en las clases, más nos valía, y un terremoto a la salida. Nos encantaba jugar al béisbol en el solar de la fábrica de embotellamiento, con una pelota que habíamos hecho nosotros mismos aprovechando un trozo de madera envuelto en trapos y usando bates que apañábamos con tablas de embalajes rotos que tiraban en el mercado. También nos gustaba cuando en el cole nos ponían a jugar al lacrosse, pero ahí no éramos tan libres, había que seguir las reglas sin discutir, como hacíamos todo el rato en el béisbol, sobre si Sean había llegado a la base antes de que yo cogiera la pelota o después. En invierno nos divertíamos viendo resbalar a todo quisque y de vez en cuando haciendo una jugada digna y marcando algún tanto; nosotros llamábamos a eso hockey, aunque no lo sería tal hasta que lo jugué en Canadá.

Sí, porque pronto nos iríamos a Canadá.

Yo tenía ocho años aquel día en que mi padre, recién servidos los postres de la cena, nos explicó a mí y a mis cuatro hermanos que íbamos a mudarnos a Montreal.

—¿Montreal? ¿Eso es Europa? —pregunté seducido por la sonoridad de la palabra.

—No, Frankie, qué va, está en América.

—Ah, en América. ¿Y dónde está ese estado, papá? ¿Cerca de California?

—En realidad, no es un estado, Frankie, aunque alguno a veces lo haya pretendido. Montreal, hijo, es una ciudad de Canadá.

—¡Nos vamos a otro país! —dijo mi hermano menor.

Nuestras cinco caritas infantiles se olvidaron del pastel de manzana y se quedaron en silencio. No comprendíamos bien lo que pasaba, ni siquiera si los cambios eran algo bueno o malo. Intentábamos inferirlo del semblante de nuestros padres.

—Sí, tenemos que irnos, Tommy —medió mi madre—. Papá tiene que ir a hacer un trabajo allí.

—¿Y por qué papá, por qué no hace el trabajo en *Montal* otro?

—Cariño, necesitan a papá —respondió dándole un besito a mi hermano—, sólo papá puede hacerlo. ¿Y sabes por qué?

—¡Porque papá es el mejor! —respondí con mi hermanita haciéndome coro.

Se recuperaba así una suave normalidad, la actitud y las palabras de nuestros padres nos dejaban claro que todo estaba bajo control. De pronto, me asaltó punzante la idea:

—¿Y papá, no volveré a ver más a mis amigos de Brooklyn?

—Pero qué cosas dices, Frankie —dijo alborotándome el pelo con su palma—. Claro que sí. Volveremos muy pronto a Nueva York, no te preocupes.

Llevábamos dos años viviendo en Montreal, los negocios de harina de mi padre iban bien, mis hermanos y yo nos habíamos hecho al nuevo colegio y nos defendíamos en el francés de esa ciudad bilingüe. Hasta tenía una nueva pandilla de amigos con la que repetía los partidos salvajes que jugaba en Brooklyn. Una tarde en que, precisamente como consecuencia de esos entretenimientos, yo me resentía de un tobillo que me había torcido el día anterior, mi padre me invitó:

—¿Frankie, por qué no te quedas esta tarde y juegas una partida conmigo? —supongo ahora que veía más prudente que no forzara mi tobillo saliendo a la calle—. ¿No te importa, verdad, Simon?

—Claro que no, Alfred —respondió su habitual compañero, que nos visitaba todos los jueves para jugar con él al ajedrez—. Así podemos comprobar lo que ha aprendido en los ratos que se ha pasado mirándonos jugar con ojos de búho.

—¿Qué me dices, Frankie? ¿Crees que sabrás jugar?

Asentí tímidamente con la cabeza, encantado por dentro de que mi padre me concediera la oportunidad de participar en esas partidas de mayores.

Me puse ante el tablero, me coloqué las piezas blancas y moví mi peón de rey. A la segunda jugada moví mi dama hasta el borde del tablero. He de decir que desde el principio lo que más me atraía era atacar y nunca he sentido el miedo o poseído la cautela que requiere dedicarse a la defensa.

Lamento decepcionarles pero, naturalmente, no hubo milagro ni maravilla, ni invención de una leyenda; mis inicios no fueron como los de Morphy o Capablanca, que derrotaron a sus padres en la primera partida. Mi padre era un aficionado relativamente fuerte y caí enseguida. Sin embargo, algo vería, pues a partir de ese día dedicó un par de tardes a la semana a jugar conmigo y a enseñarme.

—No puedes sacar la dama tan pronto, al menos no a la segunda jugada. Si quieres jugar tan agresivo, primero debes mover el alfil aquí. La dama es muy poderosa pero nadie logra nada solo. Recuerda siempre: el ajedrez es un juego de equipo, las piezas deben ir siempre en equipo, ¿ves? Si sacas la dama ahora ya no te la puedo hostigar con el caballo porque ahora tiene un compañero de equipo y me darías mate —tomó el peón de alfil con la dama—, siempre forma equipos con las piezas, nunca las mandes solas.

Le miré fijamente en silencio.

—Eso no lo haría un buen capitán. Y tú eres un buen capitán.

Otra tarde el tema era el enroque.

—No debes pensar nunca que después de enrocarte tu rey es ya invulnerable. Es verdad que el rey está escondido y protegido por sus piezas pero eso también puede ser una debilidad, ¿ves, Frankie? Si apoyo a mi dama con el alfil o el caballo, como acabo de hacerte, será un jaque del que tu rey no podrá escapar, precisamente porque sus piezas le cortan la huida.

Y así fue como fui aprendiendo. No fue un proceso vertiginoso pero sí constante. Mi

"extraordinario sentido ajedrecístico", que decía mi padre, me llevó a estar a su altura al cabo de medio año, y al cabo de otro medio, a mis once, ya le daba torre de ventaja y le ganaba.

Lo mejor de ese aprendizaje familiar y progresivo, sin ningún tipo de premuras, fueron los especiales lazos padre-hijo que se establecieron entre padre y yo en esas largas tardes de silencio y reflexión, lazos que se mantuvieron igual de fuertes hasta el final de sus días. Así lo aprendí yo: desde el principio, el aspecto humano ha estado para mí al mismo nivel que el deportivo en el ajedrez. Y ése es el espíritu que años más tarde legaría a este club, el Marshall Chess Club.

—Hoy no vamos a jugar, Frankie.

—¿No? —dijo decepcionado.

—Eres tan bueno que no me dejas ni respirar desde que empiezas la partida. Hoy mejor vamos a dar un paseo. Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar.

Caminamos hasta el centro y, al doblar una esquina, me señaló un establecimiento en los bajos de un edificio.

—Ahí es —dijo señalando un local.

En lo alto, un cartel de madera iluminado rezaba Hope Coffee House. Me quedé mirando a mi padre, no acababa de entender lo que quería decirme. No se parecía al premio que yo había imaginado, una librería con libros de ajedrez, una tienda para elegir mi propio tablero...

—El regalo está dentro.

—Pero, papá, eso es un café para personas mayores —titubeé azorado— ¿Tú quieres que entre ahí?

—Conmigo puedes y ahí está tu regalo. ¿No quieres verlo?

Entramos. Un lugar lujoso con vistosos papeles pintados, cuadros y fotografías, todo iluminado con potentes lámparas de gas, numerosas y brillantes. Gente por todas las mesas, parroquianos ocupados en charlas, leer el periódico, alguno escribía, otros hacían esbozos en libretas con carboncillo. A la derecha, pegadas a la pared bajo cuadros de jardines y palacios, una hilera de mesas donde un grupo de caballeros jugaba al ajedrez. Animado por mi padre, di mis primeros pasos a través de esa atmósfera adulta, densa de humos y algarabía.

—Aquí encontrarás adversarios a los que no tendrás que dar torre de ventaja para evitar aburrirte —me sonrió.

Un mundo nuevo se acababa de abrir para mí al traspasar esa puerta y yo no lo sabía.

—Alfred, veo que al final has traído a tu pequeño —dijo un hombre con barba blanca y tupida que estaba observando junto con otros un final de peones y caballos—. Venga, muchacho —dijo mientras tomaba asiento en una mesa vacía—, ¿te gustaría echar una partida?

Miré a mi padre en espera de su beneplácito. Él hizo un gesto dirigiendo su mirada de mí hacia la silla vacía frente al simpático barbudo.

Me senté y perdí la primera partida. Y la segunda. Y la tercera. Y a la siguiente tarde y a la otra. Jugaban unas aperturas y unos sistemas que me eran totalmente desconocidos y resultaban terriblemente eficientes contra mis inexpertos, casi temerarios, intentos de ataque. Me di cuenta de que era una vuelta a empezar. Me tocaba otra vez iniciar el camino del aprendizaje que había recorrido el año anterior con mi padre, ese que empieza con derrotas y empeño y que en un tiempo no muy dilatado de visitas semanales me llevó a superar a todos los moradores del café.

Una vez superado el nuevo nivel, mi padre y los otros miembros estimaron que el siguiente paso era hacerme miembro del prestigioso Montreal Chess Club, fundado en 1844 y cuyo campeonato gané a los quince años. Contado así, lleva una línea, pero no fue fácil. Primero tuve que aprender

a base de tardes y tardes y de reveses y reveses los distintos tipos de jugadores, las diferentes aperturas y las infinitas trampas que esconden las variantes arriesgadas. Incluso las tranquilas, que uno nunca está a salvo en la partida a menos que permanezca siempre alerta.

En el Montreal Chess Club conocí a la leyenda local, que después supe lo era mundial, el maestro irlandés –decían, aunque él me explicaría que nació en Inglaterra– William H. K. Pollock. Vino por unas simultáneas en 1892 y le gustó tanto que ya se mantuvo muy unido a la ciudad con largos períodos de residencia. En el 94 cubrió el match Steinitz-Lasker y se estableció definitivamente. Al año siguiente le invitaron a Hastings 1895 como representante de Canadá, ese torneo mítico que consagraría a nuestro Pillsbury. Unos meses más tarde, el pobre Pollock, muy afectado por la tuberculosis y sintiendo cerca el fin, me dijo que se volvía a Gloucestershire, que quería pasar sus últimos días en la granja de su padre en Cheltenham que le vio nacer, que su único deseo era ya completar su ciclo vital donde lo empezó.

Recuerdo sus palabras una tarde del 93. Yo era ya, con dieciséis años, secretario del Chess and Checker Club of Montreal, del que Pollock era fundador y director. Habíamos disfrutado de uno de esos paseos que tanto le gustaban bajando hasta la ribera del San Lorenzo y habíamos vuelto al club.

–Siéntate –me invitó–. Quiero enseñarte algo.

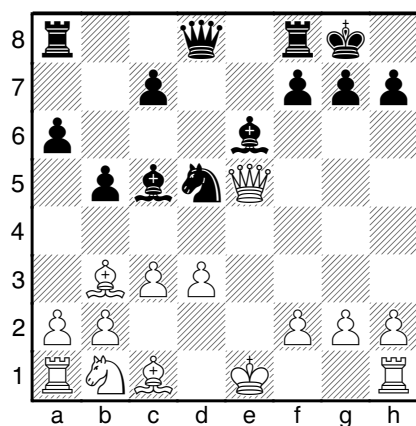
Colocó las piezas e hizo los primeros movimientos de una Española Variante Anderssen. Sin aportar ningún contexto, continuó hasta la jugada 12 sin darle mayor importancia ni comentar ningún movimiento.

Llegamos a esta posición:

Max Weiss-William H. K. Pollock

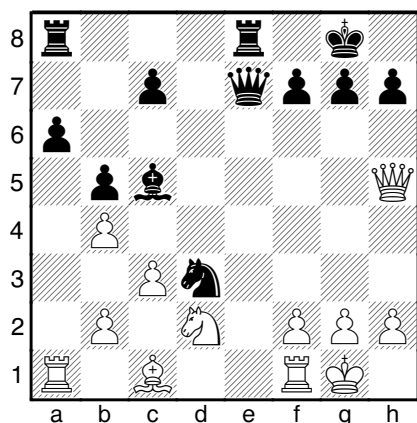
Nueva York 1889

1.e4 e5 2.♘f3 ♘c6 3.♙b5 a6 4.♙a4 ♘f6 5.d3 b5 6.♙b3 ♙c5 7.c3 d5 8.exd5 ♘xd5 9.♞e2 0-0 10.♞e4 ♙e6 11.♘xe5 ♘xe5 12.♞xe5



Las blancas parecen haber ganado un peón y, aunque está débil en "d3", creen poder consolidarlo adelantándolo una casilla. Sin embargo, pronto vieron que apartar al rey del centro con el enroque era prioritario. Yo no iba a dar tregua.

12...♖b4 13.0-0 ♜xd3 14.♞h5 ♙xb3 15.axb3 ♜e8 16.♜d2 ♞e7 17.b4



Aquí parece que se impone una sensata retirada del alfil y seguir preparando la maniobra ofensiva. Sin embargo, yo me decidí por el golpe inmediato. Un ataque que calculé minuciosamente y que implicaba un sacrificio de dama.

17...♙xf2+ 18.♜h1 ♞e1

Naturalmente, esto no es un sacrificio, el blanco no podía aceptarlo sin ser mate a la siguiente, así que, prudentemente, el blanco dio aire a su rey.

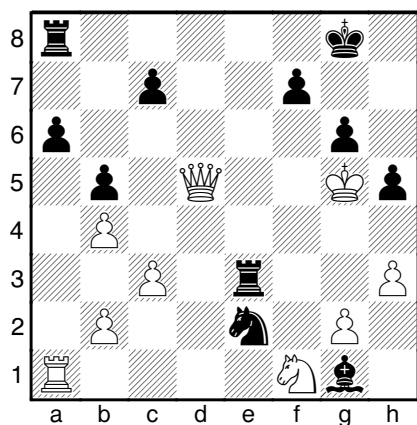
19.h3

Tras este movimiento, sí amenazaba tomar mi dama y contaba con que yo la retiraría. Nada más lejos de mi intención:

19...♜xc1

Ahora sí. Esto sí que es un sacrificio de dama. Y quizás, del que estoy más orgulloso en toda mi carrera.

20.♜xe1 ♜xe1+ 21.♜h2 ♙g1+ 22.♜g3 ♜e3+ 23.♜g4 ♜e2 24.♜f1 g6 25.♞d5 h5+ 26.♜g5



El blanco mantiene su amenaza contra la pieza fuerte de mi ataque a su rey. Si yo retirase mi torre, su rey se podría proteger en la mismísima fortaleza de peones negros. Volví a ignorar la amenaza, lo que significaba otra vez el sacrificio de mi mejor pieza, ahora la torre.

26...♖g7

Es armonía pura. Una aparentemente tranquila jugada de rey que, en realidad, supone una amenaza letal.

27.♘xe3 f6+ 28.♙h4 ♕f2+ 29.g3 ♕xg3++

Yo miraba extasiado el final de esta partida con el bello remate tras un ataque que sacrificó dama y torre. Pollock me despertó, llegaba ahora el motivo de la partida, su lección.

—Nueva York 1889, el torneo más agotador que ha existido, un *round-robin* con veinte jugadores a doble ronda. Ésta es mi partida con negras contra Weiss, que quedó primero empatado con Chigorin. Na... cubierta de olvido como las ruinas de un coloso entre las arenas del Sahara. Nadie la recuerda, ni tampoco al jugador número once de la clasificación que la hizo.

—Pero si es una obra de arte. Lo que daría yo por...

Pollock puso su mano en mi hombro deteniendo mi discurso, mientras suspiraba profundamente antes de volver a la lección que se había propuesto darme ese día. Quizás la esencial.

—Joven, el ajedrez es una vida muy dura. Tú ahora estás deslumbrado. Me miras, ves a alguien que ha viajado mucho, que participó en múltiples torneos, que es amigo del Campeón Steinitz y quieres ser como yo. Pero no te lo aconsejo. Yo he vivido esta vida porque no he tenido elección. A pesar de ser cirujano y ganarme la vida en los quirófanos, el ajedrez es una pasión que no he podido dominar, y eso que no es placer fácil, bien al contrario. Te lo digo yo, muchacho, es más difícil sujetar la tensión y los nervios durante una partida de torneo que durante una intervención quirúrgica. Muchas horas y muchos desvelos, y ¿qué recibes a cambio? ¿Ser campeón de Irlanda? Créeme, nada, todo vanidad.

Se quedó ensimismado un largo minuto en que yo permanecí, con él, en silencio, hasta que lo volvió a romper.

—El ajedrez es una vida muy dura. Pero ¿cómo vivir sin él? —se le iluminó la cara—. Por cierto, Frankie, ahora que sabes esto, quiero que sepas también que te he recomendado para que seas uno de los jugadores en las partidas simultáneas contra Steinitz.

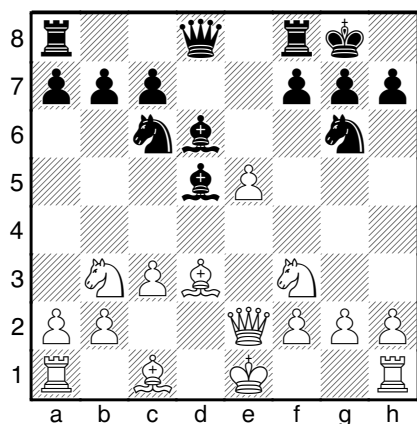
Se lo agradecí emocionado. Me había recomendado para tener la oportunidad de jugar contra el Campeón del Mundo y eso era como darlo por hecho, pues su palabra era la palabra de Dios en el ajedrez de Montreal.

En 1893 yo tenía dieciséis años y ya infundía cierto respeto, pues había ganado el campeonato del Montreal Chess Club dos años, el anterior y el presente. Respeto local. Me ocurrió entonces el momento más emocionante de mi vida hasta entonces. El campeón mundial, el mismísimo Wilhelm Steinitz, William ya por entonces, vino al Heather Chess Club de Montreal y yo, Frank Marshall, vi mi nombre en la lista de los elegidos, los dieciséis tableros que iban a enfrentarse a él en su sesión de simultáneas. Esa fue la primera partida que anoté y guardé en mi vida. Una Francesa variante Tarrasch.

Willian Steinitz-Frank Marshall

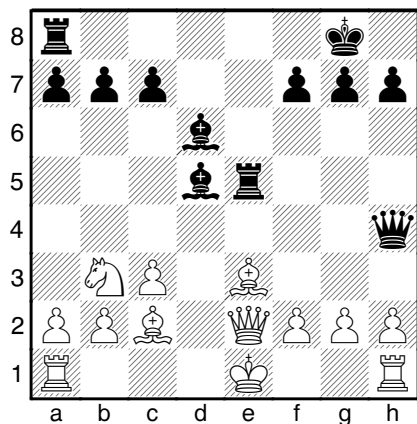
(simultáneas) 1893

1.e4 e6 2.d4 d5 3.♘d2 ♘e7 4.♙d3 ♘bc6 5.c3 ♘g6 6.♘b3 e5 7.♚e2 ♙e6 8.♘f3 ♙d6 9.exd5 ♙xd5
10.dxe5 0-0



Aquí Steinitz se detuvo, plantó firme su bastón contra el suelo y permaneció así un rato. Siempre de rostro serio y sin concesiones a la emoción, sonrió ante mi osada inexperiencia, dejando mi alfil a merced de su peón, y procedió expeditivo a desmontar mi ataque, ignorando mi alfil y tomando mi caballo de "g6". Así de simple. Vi que mi combinación había fallado y me vi obligado a huir hacia adelante con uno de mis primeros "truqueles", que más tarde se harían famosos y que tantas veces me salvaron. Lancé mi dama a "h4".

11.♙xg6 ♜e8 12.♙c2 ♘xe5 13.♘xe5 ♜xe5 14.♙e3 ♚h4



Si ahora el campeón buscaba la seguridad real enrocando corto, le daría mate tras sacrificar la torre por el alfil de "e3", con 16...♚xh2+ y 17...♙g3++. Cuando el campeón volvió, miró mi jugada en el tablero y apoyó ambas manos sobre su bastón. Se tomó un tiempo para la reflexión tarareando

algo casi imperceptiblemente, después me miró mientras se mordía el labio y separó la derecha del bastón para dirigirla al tablero. Yo estaba expectante, viendo cómo Steinitz levantaba su rey. Va a enrocar, pensé sin apenas poder contener la emoción. Y enrocó. Pero largo.

Sin desalentarme, seguí el rastro del rey e hice con mi dama un cambio de flanco al estilo de Morphy. De algo habían de valerme los miles de veces que reviví sus partidas en el tablero: 15...♖a4. Monté así un ataque que me llevó a perforar su enroque y plantar mi dama ante su rey... a la vez que, desgraciadamente, permitía que el campeón del mundo hiciera lo mismo conmigo en "h7" y me derrotara.

15.0-0-0 ♖a4 16.♟b1 ♚d8 17.f4 ♙c4 18.♟f3 ♚a5 19.♜xa5 ♟xa2+ 20.♟c1 ♟a1+ 21.♙b1 ♟xa5 22.♟e4 ♙a2 23.♟xh7+ ♟f8 24.♚d4 c6 25.♚hd1 ♟c7 26.♟h8+

Las negras abandonaron.

Sí, muchachos, me temo que infravaloré a mi adversario.

Definitivamente, la maniobra no me dio para salvar la partida, pero sí para causar una gran impresión en el generoso checo, quien al acabar la sesión me dijo:

—Ha jugado usted ingeniosa y valientemente. Ese recurso de perdidos al río lo hizo con mucha clase. Nada menos que un cambio de flanco con la dama... —me miró con intención antes de añadir— Como buen americano se ha aprendido las partidas de Morphy, ¿verdad? —asentí—. Hace usted muy bien, joven. Hubo un tiempo en que a mí me llamaban el Morphy Austriaco, tenía yo por entonces más o menos su edad. Si me lo permite, le recomiendo que se mire usted también mis partidas. Hágalo porque si lo hace y no deja el ajedrez, le auguro un gran futuro, jovencito.

Fue, por tanto, una derrota con premio. *Le Monde Illustré* publicó un artículo con mi foto titulado "Ese futuro campeón, Frank Marshall". Y que incluía los generosos halagos y augurios de Steinitz. Recuerdo el rostro sereno de mi padre mientras Pollock, el presidente del club, lo leía en el local.

—“Éste es el retrato de un joven ajedrecista que crece cada día entre nuestros aficionados.

Este futuro campeón, Frank J. Marshall, es el hijo de Alfred Marshall, de esta ciudad, y tiene 16 años. A pesar de su juventud, ha demostrado en diversas circunstancias, que está al nivel del mejor de nuestros jugadores locales.

Pertenece al Club de Ajedrez de Montreal...”

Aquí detuvo la lectura un entusiasta alboroto chovinista. La sangre francesa es la sangre francesa.

—“Y los miembros de este club —retomó el secretario— le consideran un adversario muy fuerte. Su juego combina la rapidez y la originalidad. Por naturaleza, siempre prefiere el ataque a la defensa”.

Aquí, el presidente me hizo un guiño por encima del periódico y de las gafas, dejándome claro cuál había sido la fuente a la que recurrió el reportero.

—“La tarde del lunes trece de noviembre, en una exhibición de simultáneas contra dieciséis oponentes dada por Mr. Steinitz, Campeón del Mundo, el joven Marshall jugó en uno de los tableros. Su fuerte y original defensa hizo que el maestro dijera que no había visto nunca a un aficionado de su edad que le hubiera dado tantos problemas. Mr. Steinitz predijo para él un brillante futuro si sigue jugando al ajedrez”.

Dobló el periódico mientras todos me aplaudían y yo notaba enrojecer mi pálido rostro.

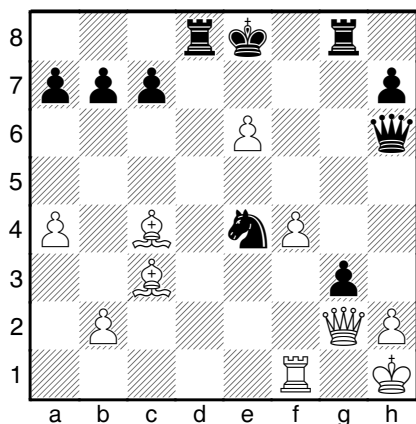
—Anda que estarás orgulloso de tu hijo, eh, Alfred.

—Lo estoy —dijo con un brillo casi imperceptible—. Es un gran chaval.

Siempre su importancia al lado humano y siempre ese alguien a mi lado que me recuerda que los pies han de estar en la tierra.

Unos meses después, el gran Pillsbury vino a la ciudad a dar una exhibición a la ciega. Harry Nelson Pillsbury tenía 21 años y ya era una leyenda, que en breve aumentaría. ¡Conseguí ganar! Fue una partida vibrante por ambas partes. El afable Harry me dio una oportunidad, como a veces hacen los maestros con los aficionados, entregándome su peón en "f4". Yo la aproveché para lanzarme con todo sobre su enroque y me salió bien. Al parecer, mi remate con el ofrecimiento de torre en la jugada 28 impresionó al público. Mi rival acababa de mover su torre a "f1" para controlar el amenazador salto de mi caballo:

Pillsbury-Marshall (simultáneas) 1893



28...♖d1

Pillsbury quedó sorprendido. No esperaba ese golpe táctico de un muchacho. Si tomaba mi torre, el jaque de caballo en "f2" lo destrozaría seguido del ataque descubierto a la dama al tomar de peón en "h2". Se tomó un tiempo y entregó un alfil, pero no pudo escapar a su destino.

29.♙e1 ♜xe1 30.♜e1 ♞f2+ 31.♙g1 gxh2+ 32.♙xf2 ♜xg2+ 33.♙xg2 ♞xf4 34.♙e2 ♞d2. 0-1

Todos se abalanzaron emocionados a abrazarme y felicitar me mientras yo estaba en una nube. Ahora bien, ninguna felicitación me impresionó tanto como la de Pillsbury. Su cabeza siempre erguida, con su eterno puro y sus maneras caballerosas, junto a sus palabras, hicieron que mi admiración por su juego lo fuera también por su persona. Admiración que algún día se convertiría en amistad. Recuerdo sus palabras más tarde ya en privado:

–Algún día nos enfrentaremos ante un tablero pero no en simultáneas, sino en un torneo.

–¡Ojalá!

–Ya lo verás. Y no descartaría que volvieras a ganarme. Pero no te lo pondré tan fácil.

No acerté a responder. Sólo me reí como un tonto.

Al año siguiente, 1894, gané el Campeonato del Montreal Chess Club por tercera vez consecutiva y tuve la suerte de que el destino conspirara para ampliar mi horizonte hacia una nueva etapa. Los negocios de mi padre le traían de vuelta a Nueva York y mi familia, después de once años en Canadá, volvía a mi ciudad natal, a mi Brooklyn de la infancia.